



HUARI

RONNIE PIÉROLA GÓMEZ

Segunda edición

Grupo Editorial



1

LA GRAN BATALLA

En un principio Viracocha creó el espacio y el tiempo, impuso la materia y le dio forma, expandió la energía y le brindó impulso, estableció las reglas físicas que regirían y creó las galaxias y los planetas, fue tal su influjo que el universo se expandió infinito y su voluntad se propagó en todas las direcciones. Creó también a sus hijos: Inti el sol y Mama Quilla la luna.

Inti, su hijo primigenio, se erguía entonces gigante en las sombras y solo él brillaba. Lo existente en ese entonces era frío y carente de vida, los movimientos mínimos de Inti se expandían como huracanados vientos que atravesaban grandes distancias y su energía, cual ardiente maná se reproducía en distintas latitudes. Nacieron de ese influjo y energía los *Pachas* o Planetas, uno de estos, el tercero desde el lugar donde reposaba Inti, recibió el nombre de *Terra*, más tarde conocida como *Suyu*.

Terra era, de los *Pachas*, el quinto en tamaño, era a su vez, el más denso y el fuego que se concentraba en su superficie parecía amalgamarse y vivir por sí mismo. Inti trabajaba en ese tiempo en la idea de la creación de la vida, su poder y magnífica presencia eran inconmensurables y su pensamiento estaba aún apartado de los planetas.

En *Terra* el fuego consumía todo lo existente y el intenso olor a azufre y cenizas invadía por completo el viciado aire plagado de hidrógeno y helio, sus cielos eran negros y de sus cordilleras emanaba espeso humo.

Pero entonces algo inesperado sucedió: de los miles de volcanes activos que temblaban en su superficie nació una forma de vida extraña y ajena a la voluntad de Inti, una energía que no

era controlada ni conocida por el Dios Sol, un brío y un poder que luego sería conocido como Huari.

Huari era una criatura de absoluto poder, emergida del fuego mismo y único dominador del mundo, era dios y rey en el planeta. Era tal su autoridad que su ira provocaba la erupción de los volcanes y el temblor de la tierra. Su rostro era duro, plagado de facciones gruesas y con puntas afiladas incrustadas en sus pómulos. Contrastando con su piel, sus ojos poseían un verde brillante que reflejaba una feroz mirada. Era un gigante más alto que las montañas más jóvenes, con un cuerpo fornido cubierto de fuego, cenizas y roca incandescente. Sobre sus sienes emergían, destrozando el cascarón salvaje del rostro maléfico, dos enormes cornamentas propias de un gigantesco toro: gruesas y separadas entre sí, daban paso a una larga melena color blanco hueso que se extendía por los varoniles hombros del Semidiós. Sobre sus mandíbulas se cernía una barba mal afeitada y en el mentón caía larga y peluda una negra barbilla; sus fauces poseían colmillos entrecruzados y amenazantes y en su cabeza se movían criaturas creadas por él mismo: lagartos, sapos y serpientes capaces de resistir el intenso calor y que anidaban en las cavidades que el Semidiós poseía sobre sus puntiagudas orejas. Sus cejas eran depositarias de un pelaje agudo y duro que apuntaba a lo alto, blancas como su melena le otorgaban mayor presencia a su mirar.

Huari era el amo de esta tierra bañada en fuego, y se enorgullecía de aquello, era poseedor de un poder tan fascinante que pudo incluso crear vida del fuego que rodeaba su mundo y nacieron así cuatro milenarias creaciones que fueron a vivir en lo profundo de las entrañas de Terra; pero como suele suceder en todo, incluso para los poderosos, los ciclos no son eternos y un día Huari sintió la furia de una nueva fuerza, un inédito brío que nunca pudo imaginar. A lo lejos, en un sitial infinito que el Semidiós no podía alcanzar a presenciar, estaba Inti, creador del universo, que había visto con beneplácito a *Terra*, el planeta

dominado por Huari, y que había decidido, por su absoluta voluntad y deseo, liberarlo. Pretendía, en su infinito poder, rescatar a ese imperio del yugo de fuego eterno al cual estaba sometido. Inti había observado por largos siglos a *Terra*, advirtiendo que en su superficie solo existía lumbre y candor, pero un día vio a Huari y lo identificó como una creación no querida, un resultado no deseado, un error de una sagrada intención original que no tenía cabida en su visión creadora. Y como pasa con quien decide exterminar una plaga, Inti optó por destruir al desdichado ser, porque él había engendrado todo lo existente, porque nada podía interponerse en lo que su voluntad exigía.

Fue entonces que desde el profundo y oscurecido cielo, miles de rocas de inconmensurable tamaño se precipitaron sobre el mundo de Huari, estos peñascos colosales perforaban velozmente el espectro, y blancos y recios, se estrellaban en la superficie plagada de fuego desprendiendo un líquido elemento que nunca antes había conocido Huari: el agua; el transparente líquido era el enemigo natural del fuego y frío y temible apagaba la lumbre que daba vida al Semidiós.

Las rocas se desplomaban veloces y fuertes colapsando cada espacio del mundo de Huari, su estrépito explotaba en las montañas y volcanes que impactados exclamaban un vapor blanco de desesperación. Los miles de litros del líquido elemento, ansiosos y húmedos, caían sobre las intensas brasas, que atacadas, se apagaban ante la fuerza del agua.

El Semidiós, herido y desesperado, respondió violentamente al ataque, levantó los fuertes brazos y lanzó al cielo cargas de fuego rocoso con una potencia asombrosa, acometidas que tras cruzar las tinieblas, mezcla de vapor y humo, se perdían sin anunciar si algún impacto habían tenido. Una y otra vez Huari expulsó cargas de lumbre, pero parecía que por cada arremetida que él lanzaba miles de aquellos pedruscos rebosantes de agua colisionaban contra su reino. El Semidiós ardió en ira y frustración y levantó enormes

torres de fuego que lanzaba a su anónimo atacante, pilares que se alzaban gigantescos en el sombrío cielo pero que parecían nunca alcanzar su objetivo.

Esta lucha sería conocida como la Gran Batalla, era la guerra en la que el Gran Huari era embestido por un nuevo dios. Se dice que el enfrentamiento duró millones de años hasta que finalmente el agua apagó el fuego del mundo. En la expiración de la contienda, cuando la lumbre se había enfriado y se limpiaban los cielos del mundo, se pudo ver en lo alto un fondo azul profundo que se coronaba como nueva bóveda del planeta.

Fue entonces cuando finalmente se dejó ver el anónimo atacante, salió por el este, incandescente y brillante y su luminosidad calentó los picos de las montañas, iluminó las planicies eternas y perforó las amplias capas de agua que habían formado los mares en el globo. Su candidez equilibró el aire y una breve y fresca brisa le acompañó, era el anuncio de que un nuevo tiempo empezaba, un periodo en el que Huari ya no sería el soberano, un lozano ciclo con un nuevo amo y señor, era el tiempo de Inti, el Dios Sol, que asomaba su rostro ante un mundo que él había decidido liberar.

La vigorosa luz solar finalmente abrazó a Huari que yacía derrotado a los pies de las prominentes cordilleras, su agotado cuerpo sintió la calidez del sol y con esfuerzo abrió los cansados parpados, expulsó aire volcánico de sus maltrechas fauces y comprendió la fuerza de Inti, y se supo derrotado; demasiado abatido para poder proseguir, emitió un quejido similar al que expresa un gran animal al morir y con la fuerza que le quedaba clavó un brazo en la tierra misma y se empujó hacia las entrañas de las montañas. Fue ahí que en un orbe conocido como el Mundo de Abajo o *Manqha Pacha* encontró reposo.

Y dice entonces el Primer Libro de los Sagrados Textos (†), contenido en el Libro de los Ancianos, que desde estos tiempos oscuros nació la luz y del agua vino la vida, y del Dios Sol nacieron

las Serpientes Gigantes que serían conocidas como Cóatls, y tras su dominio llegarían nuevas especies y se llenarían de vida las aguas y lo cielos, y su criatura favorita sería el hombre que primero sería llamado *Runa*. Y cuando las Grandes Serpientes abandonaron el mundo nacieron grandes ciudades y diferentes criaturas tomaron su lugar, incluido el hombre. Y nació el Tiempo de la Magia.

Y con el paso de los siglos los *runas* crecieron y el tiempo envolvió las historias y las leyendas, y confundió en un solo argumento a lo real de lo fantástico, y, aquel que aún era recordado en el Tiempo de las Grandes Serpientes, el conocido como Huari, que era respetado por los gigantescos Coatls, pasó al Tiempo de la Magia como un relato muy vetusto, cargado del polvo de los años y nublado por un recuerdo que lo había convertido en religión; y los seres mágicos y el hombre mismo, lo olvidaron, y su nombre fue más mito que realidad.

Inspirada en una de las más famosas leyendas de Bolivia, *Huari* nos muestra la eterna lucha entre el bien y el mal, de lo correcto contra lo incorrecto y del hombre contra la naturaleza.

Este maravilloso libro, nos lleva por los paisajes imaginarios de un mundo irreal y fabuloso, en el que gigantescos osos y monumentales cóndores pelean junto a macabros personajes para vencer a una raza humana que lleva consigo la maldición de la destrucción, y nos regala, a través de una literatura cargada de pasión y rebosante de magia, la resurrección del semidiós Huari como rey del mundo, reclamando aquello que siempre le perteneció: la Tierra.

En este mundo de ensueño las leyendas y tradiciones bolivianas se mezclan con las montañas espectaculares y los albos paisajes de un inmenso salar que queda alejado de los fértiles valles de Sudamérica a donde llegan aún las fragancias de los vastos bosques de las tierras bajas.

El valor, el heroísmo y la ambición no se encuentran ajenos en un relato donde criaturas sobrenaturales nos muestran épicas batallas y nos recuerdan que la humanidad puede tener un futuro, si así lo queremos.

ISBN: 978-99974-12-20-1



9 789997 412201